

El tiempo de los milagros crueles

Enrique Arias Beaskoetxea

Olvido de ti, sí, más no ignorancia tuya.

Luis Cernuda

Que es vida falsa cuanto no incluye tu presencia.
Que hasta la espera es pan de desconsuelo.
Que hasta estas frases con que describo tu vacío,
son hielos apagados y casas de ceniza.

Félix Grande

Ojalá que las hojas no te toquen el cuerpo cuando caigan
para que no las puedas convertir en cristal.
Ojalá que la lluvia deje de ser milagro que baja por tu cuerpo.
Ojalá que la luna pueda salir sin ti.
Ojalá que la tierra no te bese los pasos.

Silvio Rodríguez

Now those memories come back to haunt me
they haunt me like a curse.
Is a dream a lie if it doesn't come true,
or is it something worse?

Bruce Springsteen

I.

Tuvo el mundo que entrar
justiciero, inflexible
separando en fragmentos
lo existente para percibir
un amor no clasificado,
sin certificado público.
Desconocido para todos
incluso para los amantes
que lo habían trabado
en secreto cual un jersey
de lana tejido a mano.

Cuánto dolor padecido
por culpa de la arrogancia
se hubiera evitado
admitiendo ser frágiles
como una gota de cristal.

Volver a aquellos días
no para dar testimonio
de aquel amor, tuyo y mío,
sino para revelar
que aquello que ocurre
y lo no ocurrido
forman parte del relato.

He temblado mil veces
al pensar si acaso
todo haya sido
apenas una trampa,
un espejismo en la arena.
Si todo hubiera ocurrido
de ese modo, lo nuestro
habría sido un engaño
que no podemos desvelar
sin manchar las manos
de vergüenza y tristeza.

Vida desperdiciada
con esmero en una espera
ocupada en conjeturas:
creer que aún perdura
el tiempo de los milagros crueles.

II.

Volver a aquella edad
es visitar una frontera
que separa tu inexistencia
de la entrada en mi vida,
una frontera atravesada
con falsa seguridad.

Pasar del silencio oscuro
a la mirada escrutadora,
hacerse presente
con un comentario rápido,
abrupto, a destiempo,
recibido por rostros
aturdidos, menos uno,
rostro nacarado y calmo
que devuelve la réplica
ajustada, veloz, audaz.

De allí a la primera cita,
del fin de las clases
al último bus nocturno.

Una y otra vez recorrer
las idénticas calles,
los repetidos edificios,
escrutar con paciencia
hasta encontrar el lugar
propicio a la intimidad.

Tardes deslumbrantes,
a veces amargas y extrañas,
llenas de esgrima verbal,
mas bajo el manto largo
de las palabras certeras
se abre paso la mirada fugaz,
la risa cómplice, el segundo
que una mano permanece
apoyada en un brazo.

En los primeros encuentros
se cifra un complejo
entendimiento del otro.
Mundos en búsqueda
de su órbita quieren
girar al unísono.

Cientos de palabras, ideas
recurrentes, disputas airadas,
calma culposa hasta el silencio.

Poemas, canciones
interpretan "avant la lettre"
aquello que quizás nosotros
un día hubiéramos dicho
o quisiéramos haber inspirado.
Única ayuda, salvavidas
para la selva del mundo.

Despedidas largas, detalladas
que incluyen promesas futuras
pues no hay final abrupto
sino suspensión del tiempo
en el beso en la mejilla.

III.

Recorrer las calles,
buscar un lugar apartado
y un teléfono en buen uso

Los bolsillos llenos
de pequeñas monedas
para la voraz ranura.

Preparar el saludo,
palabras que más tarde
la boca olvidará,
evocar una dulce voz
que calmará el fragor
de un joven corazón.

Al llegar la noche
pisar las aceras húmedas
con exhausto cuidado,
evocar el agotador
ritual de comprobación.

Un dedo tembloroso
se dirige con simulada
parsimonia a marcar
un número retenido
apenas en la memoria.

Entonces llega la duda
que hace temblar el cuerpo,
altera el aliento
y evita decidir.

IV.

Va la mirada cautiva
del tiempo parsimonioso
al silencio del teléfono.

Fórmula que se cumple
cada inquieta noche
por ver si el deseo pudiera
anticipar lo que el azar
aún no ha decidido.

Va el ansia pendular
del desesperante mutismo
al anhelo y presagio
de una voz querida.

Trae la noche un océano
cargado de renunciadas.

Paciencia y dilación
hasta el próximo día
donde idéntico ritual
en vano se repetirá.

Espera y desesperanza
de un taciturno amor.

V.

Horas gastadas en zigzag
por el tráfico vespertino,
horas en un bar esperando
una llegada con retraso
cargada de disculpas.
Preguntas por hacer
y dudas pospuestas
por una sonrisa y unos ojos
entreabiertos que calculan
la situación y el ánimo.

Horas oyendo una voz
precisa pronunciando
desde unos labios finos.
Horas conversando
hasta que el último bar
cierre sus puertas.
Aislados del mundo
se alargan argumentos,
se evocan tiempos pasados,
se busca deshacer
la bruma que espesa
los matices y el vocabulario.

Hora tras hora, mil horas,
y sin embargo no poder
separarse, darse un adiós,
incapaces de decidir,
permanecer callados
en un coche detenido
hasta que una señal indicara
el final de la noche
para acabarla juntos
o lanzados a la soledad.

Horas, tantas horas...

Horas de desvelo y abandono,
horas de desconsuelo y dolor,
horas de anhelo y espera.

Horas espanto de la soledad,
horas de amor y compañía.

VI.

Empezará el juego
mil veces repetido
para fijar una cita,
lenta deliberación
para señalar sin duda
el mismo lugar
a la misma hora.

Acodarse en la esquina
de la barra de un bar
donde llegará sonriente
como siempre con retraso.

Parecerá apurada
toda posibilidad,
se agotará el ánimo
en una firme espera
cada vez más angosta.

Sólo entonces aparece
ella con su voz clara,
sin prisa, sin inquietud
como rompe la aurora
la noche más oscura.

VII.

Conversaciones trenzadas
a lo largo de la noche,
verbos y ademanes,
de la voz interior,
material esencial.

Extensos intento
de acercamiento
de un alma a la otra.

Se queda el vaso vacío
mas nada detiene
el fragor, la espuma
de la controversia.
Flujo y reflujo de deseos,
apegos y querencias,
afanes no alcanzados.

Poco a poco los cuerpos
se van acercando
hasta tener al alcance
el aliento del otro,
labios secos revividos
a fuerza de besos.

Y en la alta noche
una frase a medias
queda suspendida,
ella toma una mano
la lleva a su cuerpo.

Se alarga la respiración,
abandono y letargo.

Sin desasir la mano
entran en el sueño
amante y amada.

VIII.

Etapas de un recorrido
sin medir el tiempo,
carreteras vacías,
travesías áridas
para el ánimo humano,
caminos no transitados
por la vana expectativa.

Mas de forma súbita
alcanzar la meta,
un pueblo de una sola calle,
en una hora desierta.
Un caserón, unos muros,
una ventana a la que gritar
un nombre, una y otra vez.
Una puerta que se entreabre
y aparece como un milagro
entre el silencio y la sombra
una sonrisa asombrada
que desencadena los latidos
de un corazón en pausa.

Todo irá bien, me toma
la mano, me abraza
suavemente, "vamos a andar,
busquemos un lugar privado
donde mirarse sin ser visto".

Tal vez soñara ese viaje
propicio para una pesadilla
recurrente y sin final.
Acaso no lo soñara
y por una vez la vida
se portara sin defraudar,
la suerte fuera propicia,
la búsqueda lograda.

Imagen grabada en la mente
donde sigue ocurriendo
en un presente apaciguado.

IX.

El destino esquivo
nos regala una hora
para un reencuentro
mil veces pospuesto.

El viaje es arriesgado,
imprevisible, incierto.
El vehículo avanza
en la niebla con temor,
los copos a cámara lenta
van sellando el camino
hasta crear una trampa
para los escasos viajeros.

Detenidos en una esquina
esperando no se sabe bien qué
como en un cuento ruso,
entre la quietud nihilista
y el orgulloso desasosiego,
pasa el tiempo ladrón
para la cita concertada.

El guía abre la puerta
escudriña y afirma
que el viaje es posible.
Como equilibrista el vehículo
sigue las rodadas creadas
en el instante anterior,
la mirada en el camino
adivinando los metros
que aparecen en la oscuridad.

El cansancio de las horas
se borra por la cercanía
el cuerpo se estira,
el rostro se alegra,
la vista busca en el andén.

Apenas unas horas,
un intervalo en la historia.
Sin alejarse de la estación.
Reconocerse, tocarse,
besarse para verificar,
hablar para no desaparecer.

Un beso atrapado
en el último minuto,
el olor de la lana húmeda,
la profundidad de la cintura,
el contacto de los cuerpos
y promesas de citas sin fecha.

Atesorar ese momento,
intangibles pertenencia
en la mochila del viajero
para deleitarse sin prisa
en el viaje de regreso.

Jurarse que fue real
y sin embargo etérea,
enraizada en el mundo
mientras el viajero
tenga memoria, conciencia.

Un día necesitará
volver a aquellos tesoros
para comprobar que la mente
no juega con visiones
y memorias, que un día
sintió bienestar y sosiego.

X.

Contemplo a mi alrededor
el lugar acostumbrado
donde ya no estará más
pues furtiva y silenciosa,
como sin querer, con desgana
ha desaparecido decidida.
Volver a comprobar
el vacío permanente,
incapaz de certificar
lo que es ya inexorable.

Pasan los tiempos lánguidos
cargados de desesperanza
esperando una señal del cielo
tan imposible como el deseo,
hasta que vuelven a cruzarse
los hilos retirados del destino
cuando ya nada se espera.

Llega el reencuentro.

Se llenan los huecos abiertos
con mil historias, la risa
de igual sonido al recordado,
la irritación ante el destino.
Y se promete que no volverá
a ocurrir, que no se dejará
que la vida nos separe
a pesar de su terco empeño.

Pero volveremos a perder
la partida, las cartas
no llegarán al destinatario,
se muda de ciudad, de empleo,
los anhelos quedan pendidos
en ese espacio entre ambos.

Con calma cada mañana
recorrer la ciudad,
esperar en los cruces,
otear en sus esquinas
hasta que lo azaroso
e inaplazable ocurre.
Encontrarse en el instante
más desapercibido,
entreverse a lo lejos,

correr hasta alcanzarse
para decir aquí estamos
de nuevo frente a frente.

Y volver a creer en el destino,
al menos en un destino
empeñado en reunirnos.
Volver a reír, relatar
las aventuras vividas
y algunas desventuras
en esta larga separación.
Y sentarse muy juntos,
asombrados comprobar
que sea cierto, que no sea
un engaño, un espejismo.
Y acercarse en la noche
con un deseo nunca perdido,
con besos largos, caricias
pequeñas, abrazos
en la misma respiración.

Mas nada puede ocurrir
que no haya sido previsto
por la fatalidad cegada
que ya había marcado
en la frente una señal
final, atroz, inefable.

Empezar a percibir
que todo ha cambiado,
que nuevos amantes
han ocupado ese hueco,
que sin aviso han entrado
ocupaciones y desvelos
que nos lastiman a diario,
que el compromiso de antaño
se ha ido deslizando
como arena entre las manos.

Cuando se acerca un final
que no somos capaces
de detener, incomprendible
avance de una tormenta
desde la mar hacia tierra
que inevitable estallará
sobre nuestras cabezas,
entonces sabremos
que esta separación

será definitiva, maldita
como un oráculo antiguo.

Sin mover un dedo
dejamos que ocurra
así fuera lo único posible,
inermes ante lo inevitable.

Transcurren los años
de silencios crecientes
y un día el corazón
deja de doler constante
para hacernos comprender
que hemos sobrevivido
separados, distantes,
mas no es una victoria
sobre la vida sino un dolor
distinto, el amargo sabor
de la aceptación sin alivio,
de la fortaleza cruel
de lo no escrito,
convertido aquel amor
en polvo de estrellas.

XI.

Días propicios a la quimera,
mañanas sin ruptura
del sueño nocturno,
se confunden con una visión
que atraviesa la bruma:
una recién llegada
a la ciudad ignota
apenas amanecida.

En una esquina cualquiera
el vuelo de un abrigo,
una mano agitada al aire,
una risa que evoca lejanía
nos intriga, perseguimos
una figura para confirmar
una certeza imposible
que desaparece sin dejar
rastros de su rumbo.

Volver al mismo lugar
a idéntica hora
con la dudosa esperanza
de entrever de nuevo
a aquella que nunca
abandonó nuestro sueño,
la amada ya enraizada
al centro de la ausencia.

XII.

Imaginarás las estancias,
que alojaron a aquellos
cuya última imagen
se deshace pausada,
colmadas de polvo
o quizás adaptadas
a nuevos habitantes.

Imaginarás las camas
donde se trenzaron
aliento y deseo,
hoy desvanecido rastro
de unas huellas lejanas
borradas por el viento
devorador de presencias.

Imaginarás las sábanas,
descubiertos los cuerpos
por el movimiento
de una pasión perdida
que un día lejano supo
detener el tiempo pautado.

Imaginarás la almohada
donde se perdieron
sueños en paralelo,
mundos troceados,
incomprensibles instantes
olvidados en la mañana.

Acaso apenas un vestigio
que en un vano intento
querrás fijar a un papel
cual mariposa con alfileres.

XIII.

Una fotografía guarda
el recuerdo de un gesto,
entre la coquetería
y la comodidad.
Ella se retira
el pelo de la cara
llevándolo tras la oreja.

La luz blanca ilumina
su rostro apenas girado
cual doncella pálida
en una pintura de Vermeer.

El lugar, una terraza
donde tomar el primer café
tras la larga noche
de alcohol y ruido.
El rostro marca sin querer
el cansancio y el hastío
de tener que posar
con los ojos abiertos.

Esa fotografía se aloja
en una caja de metal
que ha permanecido
cerrada durante años
por temor a que la imagen
tiemble entre las manos
y se oiga un largo suspiro
en la casa deshabitada.

XIV.

Quedaron las noches desiertas
de sueños, entró despacio
la somnolencia desesperada.
Llegaron vientos oscuros
con la pesadumbre del polvo
en la boca, ojos abrasados,
pies ardientes y una desazón
que cubre la penumbra.

Mas una noche entre cientos
aparece en las dunas azules
sin anunciarse, en calma,
suave tiempo suspendido
tras la tormenta.

-Y la pregunta: ¿Por qué
has tardado tanto?-

Será su sonrisa desvanecedora
de interrogaciones, su aroma
bálsamo para las heridas.
Será su piel imaginada,
su pequeña mano buscando
refugio en los dedos
de aquel que ahora sueña.

Siempre ha estado ahí
esperando que se ausente
la torpeza y encuentre
el soñador el rumbo
hasta el ámbito
de su quietado ensueño.

Mas llega la mañana,
con un pie en el sueño
y el otro en el alba,
rehusando ser testigo
de la desaparición.
Rastreo de su presencia
en la huella de un aroma,
en un contacto sentido
en las yemas de los dedos.

Un nombre pronunciado
con una voz asustada

por el sonido del viento
que anuncia la tempestad
de arena donde perderse
de nuevo, sin distinguir
la noche del día.

Sin brújula, sin estrellas,
recorrido a ciegas
del camino sin dueño
que llevará acaso
hasta su amada presencia.

XV.

Despierto, sin abrir los ojos
siente el frío de una fecha
sin nombre, sin propósito.

Se prepara para el día
que vendrá idéntico
a tantos otros días.
Lucha con la angustia
de cada mañana
con un largo suspiro.

Mira por la ventana
el estado de la mar
intuida en la espuma
que lejana parece
crepitar en la noche.

Toma un café cálido
intentando recordar
la letra de una canción,
mira una pared blanca.

Con un relámpago
le alcanza un hallazgo:
hoy ya no habla con ella.

A pesar de la ausencia
no ha dejado de conversar
con ella, con una figura
en una silla desocupada.
Le habla mientras conduce
despacio para relatarle
historias que ya sabrá.
Y cuando cruza un puente
toma su mano para dar
gracias al destino
tan cerca del agua.

Al sentarse en un café
de leyenda literaria,
la que fue y la creada
para atraerla a este lugar.
Con entusiasmo explica
un detalle de una pintura
que desconoce aún
mientras su sonrisa
desarbola la seriedad.

Recita en voz alta
poemas preferidos,
medido sigue el ritmo
de los versos para que oiga
más allá de la palabra.

Desea incluso callar,
dejar que el silencio
explique que la vida
ha iniciado el derribo
de una estrategia débil:
permanecer inmóvil,
remoto, aterrado.

Ahora que todo se desvanece
dirige los pasos al final
del muelle y fija la mirada
en esa línea donde océano
y éter se disputan el espacio.
Comienza a recitar,
entre duda y corrección,
este poema que algún día
sereno quizá escribirá,
este poema que ahora resuena
entre el vacío de la mano
y el fondo de la garganta.

XVI.

Aquel que fue templo
del amor y del deseo
no es ahora sino ruina
sin distinción ni marca.

Avanzó la hiedra
adherida a sus muros,
las raíces levantaron
las losas de piedra,
tormentas reventaron
cristales y ventanas,
sucesivos vendavales
fueron laminando
sus techos de madera
hasta derrumbarlos.

Se instaló la selva
en su interior deshabitado,
sin resistencia alguna
surgieron flores de las grietas,
los aleros fueron
momentáneo refugio
para las aves en tránsito,
sus esquinas cobijo
para la pequeña fauna.

Mas aún, su camino
fue borrado lentamente
devorando las pisadas
hasta el límite selvático,
cada época de lluvia
extendió vegetación
hasta hermanar
ambas orillas del sendero,

Antes que una leyenda,
retrato apenas verosímil,
cuya existencia dudosa
sólo pueden confirmar
aquellos que nunca volverán
a habitar aquel templo.

Ya todo queda atrás:
olvido, polvo y silencio.

A modo de epílogo

El secular *finis vitae sed non amoris* es una mentira. Una mentira inútil y hasta tonta. ¿Resignarse entonces a la idea de ser un reloj que mide el transcurso del tiempo, ya descompuesto, ya reparado, y cuyo mecanismo tan pronto como el constructor lo pone en marcha, engendra desesperación y amor? ¿Resignarse a la idea de que en todos los hombres reviven antiguos tormentos, tanto más profundos cuanto más se repiten, volviéndose cada vez más cómicos? Que la existencia humana se repita, bien, ¿pero que se repita como una canción trillada, como el disco que un borracho toca una y otra vez echando monedas en una ranura?

Ese coloso fluido había causado la muerte de centenares de hombres. Toda la especie humana había intentado en vano durante años tener al menos la sombra de una relación con ese océano, que ahora me sostenía como si yo fuese una simple partícula de polvo. No, no creía que la tragedia de dos seres humanos pudiera conmovirlo. Sin embargo, todas aquellas actividades tenían cierto propósito...

A decir verdad, yo no estaba absolutamente seguro: pero tal vez sólo imaginaría. ¿Entonces tenía que seguir viviendo aquí, entre los muebles, las cosas que los dos habíamos tocado, en el aire que ella había respirado una vez? ¿En nombre de qué? ¿Esperando que ella volviera? Yo no tenía ninguna esperanza, y sin embargo vivía de esperanzas; desde que ella había desaparecido, no me quedaba otra cosa. No sabía qué descubrimiento, qué burlas, qué torturas me aguardaban aún. No sabía nada, y me empeñaba en creer que el tiempo de los milagros crueles no había terminado.

Solaris
Stanisław Lem